

## ÚNICA COSA NECESARIA.

**S**ÓLO una cosa es necesaria, dijo Jesucristo: *Unum est necessarium.* (Luc. X. 42). Sólo una cosa es necesaria. Un sólo Dios...; una sola fe...; un solo bautismo... Una sola cosa es necesaria: la salvación... Una sola cosa es necesaria: el conocimiento de un solo Dios...; agradar á Dios...; el fin del hombre...

Vivir de Dios y para Dios, como lo han hecho los Santos...

Una sola cosa es necesaria: el Cielo. He pedido una gracia al Señor, y se la pediré todavía, dice el Real Profeta, el habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida: *Unam petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee.* (XXVI. 7).

Una sola cosa es necesaria, como indica S. Pablo: olvidando lo que está detrás de mí, dice, y llevándome á lo que está delante de mí, me dirijo á mi fin, á la recompensa á que Dios me ha llamado en Jesucristo (1).

Una sola cosa es necesaria: La vida eterna consiste en que os conozcan á vos sólo verdadero Dios, y á Jesucristo, á quien habeis enviado, dijo el Salvador á su Padre: *Hec est vita eterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum.* (Joann. XVII. 3).

San Egidio decía: *Una uní*: una para uno; es decir, el alma sola para Dios solo. (*In ejus vita*).

(Véase **Salvacion**).

(1) *Unum autem, quæ quidem retro sunt, obliviscens; ad ea vero que sunt priora extendens mentem, ad destinatum persequor, ad bravium supernæ vocacionis Dei in Christo Jesu.* (Philipp. III. 13-14).

## UNIDAD.

**E**L rebaño no tiene más que un pastor... Las abejas no tienen más que una reina... El buque no tiene más que un piloto que lo rijan... No hay más que un solo general en jefe para un ejército... No hay más que una cabeza para un cuerpo...; un sol en el mundo...; una sola Iglesia verdadera...; un solo jefe en la Iglesia...; un solo Dios...; una sola fe...; un solo bautismo...

Necesidad de la unidad.

En Dios hay tres personas, pero tres personas en un sólo Dios... Hay en el alma tres facultades, pero el alma es única...

El Padre y yo somos uno, dijo Jesucristo: *Ego et Pater unum sumus.* (Joann. X. 30).

En el Cielo, dice S. Gregorio, hay la misma bienaventuranza de alegría, aunque los unos sean más elevados que los otros: *Una cunctis erit beatitudo lætitiæ, quamvis non una sit omnium sublimitas vite.* (Homil. in Evang.)

Jesucristo es el centro de la unidad. En él se une la antigua y la nueva ley, y la ley y los profetas, el Cielo y la tierra, Dios y el hombre...

La cátedra de Pedro es el centro de la unidad católica... La primacía fué concedida á Pedro por Jesucristo, dice S. Cipriano, para que no hubiese más que una Iglesia y una cátedra: *Primatus Petro datur, ut una Christi Ecclesia, et cathedra una monstretur.* (Tract. de Unit. Eccles.)

Entre los doce apóstoles uno sólo es elegido, dice S. Jerónimo, para que quedase establecido un solo jefe, para que quedase apartada toda ocasion de cisma: *Inter duodecim unus eligitur, ut capite constituto, schismatis tollatur occasio.* (Lib. I. contra Jovin.)

Dios es uno, y Jesucristo uno, y la Iglesia una; y no hay más que una cátedra, la de Pedro, establecida en la palabra del Señor, dice S. Cipriano. Ningun altar, ningun sacerdocio puede establecerse en otra parte. Cualquiera que pretenda reunir fuera de ahí, disipa (1).

San Pablo predica la unidad: Tened cuidado de conservar la unidad de espíritu en el lazo de la paz, escribe á los de Efeso: *Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis.* (IV. 3).

Sed un solo cuerpo y un solo espíritu, continúa el Apóstol, como habeis sido llamados en una sola esperanza de vuestra vocacion. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios, y Padre de todos, que es superior á todo, y por todas partes, y en nosotros todos (2).

(1) *Dens unus est, et Christus unus, et una Ecclesia, et cathedra una super Petrum Domini voce fundata. Aliud altare constitui, aut sacerdotium novum fieri, præter unum altare, et unum sacerdotium non potest. Quisquis alibi collegerit, spargit.* (Lib. I. Epist. VII. ad Plebem).

(2) *Unum corpus, et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe vocacionis vestre. Unus Dominus, una fides, unum baptisma. Unus Deus et Pater omnium, qui est super omnes, et per omnia, et in omnibus nobis.* (Ephes. IV. 4-6).

Vivid de una manera digna del Evangelio de Cristo, dice á los filipenses; de suerte que, sea que venga y os vea, sea que permanezca apartados de vosotros, oiga decir que continuais formando un mismo espíritu, y combatis en un solo corazón por la fe del Evangelio: *Digne Evangelio Christi conversamini; ut sive cum venero et videro vos, sive absens, auñam de vobis quia statis in uno spiritu, unanimes, collaborantes fidei Evangelii.* (I. 7). Haced mi alegría completa, permaneciendo todos unidos, teniendo un mismo amor, una misma alma y un mismo pensamiento: *Implete gaudium meum, ut idem sapiatis, eandem caritatem habentes, unanimes, idipsum sentientes.* (Philipp. II. 2).

Hay un solo Dios y un solo mediador de Dios y de los hombres, Jesucristo hombre, dice S. Pablo á Timoteo: *Unus Deus, unus et mediator Dei et hominum, homo Christus Jesus.* (I. II. 5).

Tened todos los mismos pensamientos, los mismos sentimientos, dice el apóstol S. Pedro: *Omnes unanimes, compatientes.* (I. III. 8).

Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos, dice el apóstol S. Juan, á fin de que esteis vosotros mismos en comunión con nosotros, y que nuestra comunión con nosotros sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo: *Quod vidimus et audivimus, annuntiamus vobis, ut et vos societatem habeatis nobiscum, et societas nostra sit cum Patre et cum Filio ejus Jesu Christo.* (I. I. 3).

Nadie, dice el venerable Beda, puede tener sociedad con Dios, si no se une antes con la sociedad de la Iglesia: *Nec habere societatem cum Deo quisquam valet, qui non prius unitor Ecclesie societati.* (In Evang.).

La Iglesia católica es el único cuerpo de Jesucristo; es su jefe, su cabeza, dice S. Agustín; es el salvador de este cuerpo, que es el suyo. Fuera de este cuerpo, el Espíritu Santo no vivifica á nadie, porque no es participante de la divina caridad, siendo enemigos de la unidad (1).

Hemos de observar con gran cuidado, dice Vicente de Lerins, que en la Iglesia católica tengamos constancia y firmeza en lo que ha sido creído por todas partes, siempre y por todos: *In ipsa catholica Ecclesia magnopere curandum est, ut id teneamus, quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est.* (Lib. Præscript. adv. Hæres.).

No os dejéis llevar por doctrinas diversas y extrañas, dice el apóstol á los hebreos: *Doctrinis variis et peregrinis nolite abducí.* (XIII. 9).

Escucha, Israel, dice la Escritura, el Señor nuestro Dios es solo Señor: *Audi, Israel, Dominus Deus noster, Dominus unus est.* (Deuter. VI. 4).

No haré más que un solo pueblo, dice el Señor en Ezequiel; y un solo rey mandará á todos; y de aquí en adelante no serán ya divididos en dos pueblos y en dos reinos: *Faciám eos in gentem unam; et rex unus erit omnibus imperans, nec dividenter amplius in duo regna.* (XXXVII. 22).

Todo está reunido, llevado á la unidad en Jesucristo Rey de los reyes: toda la Iglesia es una bajo su rey, el soberano Pontífice, vicario de Jesucristo.

Los hijos de Judá y los hijos de Israel se reunirán, dice el Señor por medio de Oseas, y se darán un solo jefe: *Congregabuntur filii Juda et filii Israel et ponent sibi caput unum.* (I. 11).

(1) Ecclesia catholica sola est corpus Christi, cujus ille caput est, salvator corporis sui. Extra hoc corpus, neminem vivificat Spiritus Sanctus, quia non est particeps divine caritatis, qui hostis est unitatis. (Epiñt. L. ad Bonif.)

La Iglesia es una en su jefe invisible, que es Jesucristo; en su jefe visible, el soberano Pontífice; es una en su dogma, en su enseñaanza, en su símbolo...; es una en su moral...; es una en sus Sacramentos...

En verdad, en verdad os lo digo, soy la puerta de las ovejas, dice Jesucristo. Soy la puerta. Cualquiera que entre por mí, será salvado; entrará, y saldrá, y hallará pastos. Tengo otras ovejas que no son de este redil, y es preciso que las traiga, y oírán mi voz, y no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor. (Joann. X. 16).

Excelencia y ventajas de la unidad.

Por la unidad se encuentra Jesucristo, que es la puerta; se encuentra la salvación, la entrada del Cielo, los abundantes pastos de la gracia y de la gloria.

Dirigiéndose Jesucristo á su Padre, le dijo: Padre santo, conservad en vuestro nombre á aquellos que me habeis dado, á fin de que sean uno con nosotros: *Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum, sicut et nos.* (Joann. XVII. 11). Ruego por los que crearán en mí, para que todos no sean más que uno, como vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos, á fin de que ellos sean tambien uno en nosotros; á fin de que sean uno, como nosotros somos uno. Yo estoy en ellos, y vos en mí, para que sean consumados en uno (1). ¡Tal es la excelencia de la unidad, estar identificados con Jesucristo!

Estoy en mi Padre, vosotros en mí, y yo en vosotros: *Ego sum in Patre meo, et vos in me, et ego in vobis.* (Joann. XIV. 20). ¡Qué rica y divina unidad!

Estoy en mi Padre por la unidad de la esencia divina; vosotros en mí por el amor, por union de substancia en virtud de la encarnación; yo en vosotros por la gracia, por vuestro título de hijos de Dios, de herederos de Dios... Esto hace decir á S. Hilario de Poitiers: Jesucristo está en su Padre por la naturaleza de su divinidad; estamos en él por su actividad corporal, y él está de nuevo en vosotros por el sacramento del Altar. Porque dice: El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él (2).

Así como el cuerpo es uno, dice S. Pablo, y tiene varios miembros, y todos son miembros del cuerpo, aunque sean muchos, y no forman, sin embargo, más que un cuerpo; así sucede con Jesucristo. Porque todos hemos sido bautizados en un solo espíritu, ya judíos, ya gentiles, ya esclavos, ya libres, y todos hemos vivido en un solo espíritu (3).

¡Admirable unidad que existe en la Iglesia de Jesucristo! Se ve la misma unidad, la misma concordia, la misma comunidad de alegrías y de dolores.

(1) Sicut enim corpus unum est, et membra habent multa; omnia autem membra, corporis cum sint multa, unum tamen corpus sunt; ita et Christus. Etiam in uno spiritu omnes nos in unum corpus baptizati sumus, sive judei, sive gentiles, sive servi, sive liberi: et omnes in uno spiritu potali sumus. (I. Cor. XII. 12-13).

(2) Omnia vestra sunt, sive Paulus, sive Apollus, sive Cephas, sive mundus, sive vita, sive mors, sive presentia, sive futura: omnia enim vestra sunt, vos autem Christi Christus autem Dei. (I. III. 22-23).

(3) Rogo pro eis qui credituri sunt in me. Ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me, et ego in te, et et ipsi in nobis unum sint; ut sint unum, sicut et nos unum sumus. Ego in eis, et tu in me, ut sint consummati in unum. (Joann. VII. 20-22).

Por esta unidad de los miembros de Jesucristo, cada uno quiere como á su alma, su deber, su oficio, sus obligaciones, su talento, su destino, su posición, su grado, sus funciones; cada uno atiende á trabajar para todos, y todos para cada uno. Todos no tienen más que un corazón y una alma: *Cor unum et anima una.* (Act. IV. 32).

Todos sois hijos de Dios por la fe que está en Jesucristo, dice S. Pablo á los galatas: *Omnes filii Dei estis per fidem, quæ est in Christo Jesu.* (III. 26).

Tal es el precioso tesoro de la unidad en la fe... No hay ya, continúa el Apóstol, ni judío, ni griego; ni esclavo, ni libre; ni hombre, ni mujer; porque todos sois uno en Jesucristo: *Non est judæus, neque græcus; non est servus, neque liber; non est masculus neque femina: omnes enim vos unum estis in Christo Jesu.* (Galat. III. 28). Así no sois ya siervos, sino hijos, y si sois hijos sois también herederos de Dios por Cristo: *Jam non est servus, sed filius; quod si filius, et hæres per Deum.* (Galat. IV. 7).

Por Jesucristo, dice S. Pablo á los éfesos, tenemos acceso en un mismo espíritu cerca del Padre: *Per ipsum habemus accessum ad Deum Patrem in uno spiritu.* (II. 18). En un mismo espíritu, es decir, en la unidad de voluntad, de fe, de religión y de caridad cristiana; á fin de que no haya en nosotros más que un corazón y una alma, como en los primeros cristianos: *Erat cor unum et anima una.* (Act. IV. 32).

Todo es vuestro, dice el apóstol á los corintios: ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas, ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya las cosas presentes, ya las futuras, todo es vuestro; y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios (4). Tales son los maravillosos efectos de la unidad!...

La Iglesia es un solo cuerpo, cuya alma es la fe y la caridad...

Por la unidad se sufren los unos á los otros en la paciencia, dice S. Pablo: *Cum patientia sopportantes invicem.* (Ephes. IV. 2).

Por esta unidad somos todos miembros unos de otros: *Sumus invicem membra.* (Ephes. IV. 25). Por esta unidad todos tenemos los mismos sentimientos: *Idipsum invicem sentientes.* (Rom. XII. 16).

El bien, las ventajas de la unidad se ven en todo el universo: en la tierra y en el Cielo.

En el Cielo, dice S. Agustín, no hay envidia ni caridad diferentes, en todos reina la unidad del amor: *Non erit ibi aliqua invidia, disparitas caritatis, ubi in omnibus regnat unitas caritatis.* (De Cælest. Vita).

La unidad de amor, dice S. Gregorio, liga de tal manera á los elegidos entre sí, que cada elegido que no haya recibido un bien dado en sí, se alegra de que otro lo haya recibido: es tan feliz por ello como si lo hubiese recibido él mismo; *Tanta vis caritatis ibi omnes associat, ut bonum quod quisque in se non accipit, in alio se gaudet accepisse.* (De Bealitud.)

Los hermanos unidos entre sí son fuertes como una ciudadela, dicen los Proverbios: *Frater qui adjvatur a fratre, quasi civitas firma.* (XVIII. 19). No se rompe fácilmente un lazo tres veces atado, dice el Eclesiástico: *Funiculus triplex difficile rumpitur.* (IV. 12).

(4) Ille in Patre per naturam Divinitatis; nos in eo per corporalem ejus nativitatem; et ille rursus in nobis per Sacramenti mysterium. At enim: Qui edidit carnem meam et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in eo. (Lib. in Joann.)

Hay tantas almas y corazones como hombres, dice S. Agustín; pero, desde que se unen á Dios por el amor y la fe, no forman más que una alma y un corazón: *Multorum hominum multæ sunt animæ, et multa sunt corda; sed ubi per dilectionem fidemque adhærent Deo, una anima et unum cor sunt.* (Sænt. (CCCXLVIII)).

La unidad de los Santos en la tierra, justifica, dice S. Bernardo; en el Cielo, glorifica: la una da el mérito, la otra la recompensa. La unidad en esta vida es el adorno de la paz; de ella se ha dicho: ¡Cuán dulce y agradable es para hermanos el vivir juntos! Y el profeta, después de haber descrito la hermosura de la unidad, proclama su utilidad. El Señor, dice, recompensa la unidad con la bendición y la vida: en este mundo la bendición, y en el otro la vida. (Serm. de Assumpt. B. Virginis).

Con esta unidad, Jesucristo nos llama amigos, hermanos, hermanas, madre; llama á su Dios nuestro Dios, á su Padre nuestro Padre. Id á mis hermanos; llama á su Dios nuestro Dios, á mi Dios y á vuestro Dios: *Vade ad fratres meos, et dic eis: Ascendo ad Patrem meum, et Patrem vestrum; Deum meum et Deum vestrum.* (Joann. XX. 19).

Esta unidad es el tabernáculo de Dios en los hombres, habita con ellos; y son su pueblo, y el mismo Dios está con ellos, y en su Dios. (Apoc. XXI. 3).

La unidad de la Iglesia es la unidad del Cielo...

Les daré un solo corazón y una sola senda, dice el Señor por Jeremías, para que me teman todos los días de su vida, y la paz esté con ellos: *Dabo eis cor unum, et viam unam, ut timeant me universis diebus et bene sit eis.* (XXXII. 39).

Y haré con ellos una alianza eterna, y no cesaré de hacerles bien, y me alegraré en ellos: *Et feriam eis pactum sempiternum, et non desinam eis bene facere. Et lætabor super eis, cum bene eis jacerem.* (Id. XXXII. 40-41).

Hay tranquilidad cuando Pedro solo dirige el buque, dice S. Ambrosio: *Tranquillitas est ubi solus Petrus navigat.* (Serm. V).

La unidad de diez hace que uno sólo valga por diez; porque uno sólo está en los diez, en uno sólo, dice S. Crisóstomo. Así resulta que cada uno tiene veinte manos y veinte ojos; y respira y obra con diez almas: porque cada uno tiene tanto cuidado del otro como de sí mismo. Así es que los ojos, las manos y los pies de los diez, sirven para cada uno; cada uno se ocupa de los demás como de sí mismo. De este modo uno sólo puede mucho, porque puede tanto como diez. Y si son ciento y millones, es lo mismo. (Homil. LXXVII in Joann.)

Lo que hace la unidad es la fe, la esperanza, la caridad, la obediencia y la afección á la Iglesia, sobre todo y ante todo al Soberano Pontífice, jefe supremo infalible de la Iglesia universal. Principio de esta unidad.

Donde está el pecado está la división... Donde haya virtud hay unidad...

El dualismo, es la causa, el manantial y el origen de toda discordia... La unión es la vida...; la división es la muerte.

La unidad es Dios, el Cielo...; el dualismo es el demonio, el infierno...

Lo que hace la unidad es tener los mismos sentimientos: *Idipsum invicem sentientes.* (Rom. XII. 16).

Con relacion á las cosas que conocemos, dice S. Pablo á los filipenses, tenemos los mismos sentimientos y atengámonos á la misma regla: *Ad quod pervenimus, idem sapiamus, et in eadem permaneamus regula.* (III. 16).

Lo que hace la unidad es seguir exactamente lo que traza Vicente de Lerins. *Id tenemus quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est.* Guardemos inquebrantablemente lo que ha sido creído por todas partes, siempre y por todos. (*Lib. Prescript. adversus Hæres.*, c. XII).

## UNION CON JESUCRISTO.

**E**SCUCHAD á S. Pablo escribiendo á los corintios: Os he desposado con un solo varon, Cristo, para que os presenteis á él como una virgen pura: *Despondi vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.* (II. XI. 2).

El alma fiel es esposa de Jesucristo.

1.º Esta union divina se verifica por la fe, la esperanza, la caridad y las demás virtudes... 2.º Esta alianza celestial establece mancomunidad entre los bienes del esposo y de la esposa... 3.º De esta alianza nace una familia, es decir, todas las virtudes... 4.º El lazo de esta union con Jesucristo es la caridad... 5.º Esta alianza se hace de una manera perfectisima, y sobre todo por la virginidad y los votos de castidad y de religion.

Os desposaré por la eternidad, dijo el Señor por boca del profeta Oseas; y seréis mi esposa por la justicia y la equidad, por la gracia y la misericordia. Seréis mi esposa por la fe, y sabreis que yo soy el Señor (1).

Hay en la tierra seis alianzas ó uniones celestiales contraídas por Dios. La 1.ª se hizo en la Creacion, cuando Dios dijo: Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* (Genes. 1. 26); la 2.ª cuando el Verbo eterno se encarnó en el casto seno de la inmaculada Virgen María...; la 3.ª se verifica entre Jesucristo y la Iglesia...; la 4.ª en el Santo Bautismo...; la 5.ª en la Santa Comunión...; la 6.ª cuando se consagran á Dios en la vida religiosa con votos; la 7.ª alianza y cierta nueva union, que no será más que la consumacion de la union precedente, se verificará, no en el tiempo, sino en el Cielo, y será eterna...

1.º Esta alianza une á Dios... 2.º Esta alianza es una mútua union... 3.º Por esta union todos los pensamientos, todas las obras son por Dios... 4.º Esta union transforma en Dios... Preciosas ventajas de la union con Jesucristo.

Escuchad á S. Agustín: Señor, cuando estaré unido á vos con todo mi sér, no experimentaré ya dolor ni trabajo; mi vida será vivificada, enteramente llena de vos. Ahora, porque no estoy lleno de vos, estoy á cargo mio (2).

Escuchad á S. Lorenzo Justiniano, hablando del alma fiel que tiene el deseo de unirse á Jesucristo, su divino esposo, y está deseosa de conservar fielmente tan santa y sublime union. Su amor ardiente medita siempre nuevas preciosas cosas, dice; y trata de descubrirlas. En la impaciencia de sus ardientes deseos, no cesa de ocuparse de la manera de amar más ardientemente y con más

(1) Sponsabo te mihi in sempiternum; et sponsabo te mihi in justitia et iudicio, et in misericordia, et in miserationibus. Et sponsabo te mihi in fide, et scies quia ego Dominus. (II. 19-20).

(2) Cum inhaesero tibi ex omni me, nusquam erit mihi dolor et labor; et viva erit vita mea, tota plena te. Nunc autem, quoniam tui plenus non sum, oneri mihi sum. (Soliloq.)

suavidad á su esposo; de la manera de tenerle más fuertemente y de conversar con él más familiar é íntimamente. Quiere amar exclusivamente á su esposo. De ahí el ardiente deseo, de ahí las dulces quejas, de ahí los santos murmullos, los gemidos de las palabras y la pena de la ausencia. No cesa de levantar la voz, de gemir en su corazón, de buscar siempre, de desear siempre mientras no goza de la divina presencia de su muy amado. La vehemencia de su amor triunfa de toda pena.

Luego S. Laurencio Justiniano enumera las alegrías y los frutos de esta union de amor. Ved, dice, las alegrías de esta ardiente union de caridad. Esta esposa de Jesucristo tiene la riqueza de las delicias; su corazón está lleno de ellas, su alma se engrandece, y su espíritu está en la dulzura; posee la seguridad del amor, y goza del placer del fervor, de la pureza de la ciencia de la verdad, de la perfeccion de las virtudes, de las cadenas de la caridad, de la plenitud de los consuelos, de las delicias de la alegría, del ardor de los deseos, de la abundancia de la paz; saborea la contemplacion, la dulzura de la perseverancia, la fecundidad de la sabiduría, el esplendor de la luz, la hermosura de la pureza, la gracia de la santidad y la alabanza de la majestad divina. (*Lib. de Casto connubio Verbi et Animæ*).

Esta alma fiel dice entonces con el gran Apóstol: Vivo, no yo, sino Cristo es el que vive en mí: *Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 20).

(Véase Eucaristia, Vida religiosa ó interior).

## VANAGLORIA.

San Bernardo hablando de la vanagloria, dice: es un mal sutil, un veneno la secreto, una peste oculta, el artesano del fraude, la madre de la hipocresía, el padre de la envidia, el manantial de los vicios, el hogar de los crímenes, el moho de las virtudes, el gusano roedor de la santidad, y la ceguedad de los corazones; cambia los mejores remedios en enfermedades, y no deja producir á la medicina más que languidez (1).

San Crisóstomo llama á la vanagloria madre del infierno: *Mater gehennæ.* (Homil. XVII. in epist. ad Rom.)

San Basilio la llama al ladrón de las buenas obras. Huyamos, dice, de la vanagloria, insinuante expoliadora de las riquezas espirituales, enemiga lisonjera de nuestras almas, gusano mortal de las virtudes, arrebatadora insidiosa de todos nuestros bienes: *Fugiamus inanem gloriam, dulcem spirituum opum spoliatricem, jucundum animarum nostrarum hostem, lineam virtutum, blandissimam bonorum nostrarum depredatricem.* (In Constit. Monast. c. XI).

Señor, dice S. Agustín, el que se atribuye la gloria de vuestro bien, y no á vos, es un ladrón; es semejante al demonio, que quiso arrebatáros vuestra gloria: *Qui de bono tuo, o Domine, gloriam sibi querit, et non tibi, hic fur est et latro; et similis est diabolo, qui voluit furari gloriam tuam.* (Soliloq., c. XV).

¿Qué tenéis, dice el gran Apóstol, que no lo hayais recibido? Y si lo habeis recibido, ¿por qué glorificaros de ello como si no lo hubiéseis recibido? *Quid habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non accepisti?* (I. Cor. IV. 7).

Han sembrado el viento, dice el profeta Oseas, y cosecharán tempestades: *Ventum seminabunt, et turbinem metent.* (VIII. 7). Siembran el viento, y cosechan tempestades los que hacen una buena obra por vanagloria.

Los que siembran cosas vanas, dice S. Jerónimo, no reciben más que cosas vanas y estériles: *Vacua seminantes, inania vacuaque recipiunt.* (In Osee.)

Son vanos, han recibido su recompensa; vanos, su recompensa es vana, dice S. Agustín: *Receperunt mercedem suam, vani vanam.* (In Psal.)

Habeis sembrado mucho, y recogido poco, dice el profeta Aggeo: habeis reunido dinero, y lo habeis puesto en un saco agujereado: *Seminasti multum, et intulisti parum; et qui mercedem congregavit, misit eas in sacculum pertusum.* (I. 6). Los que obran por vanagloria echan sus obras en un saco roto.

Tened cuidado, dice Jesucristo, de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que os vean; de otra suerte no recibiréis recompensa de

(1) Vana gloria subtile malum, secretum virus, pestis occulta, doli artifex, malæ hypocrisis, livoris parens, viliorum origo, criminum fomes, virtutum erugo, lineæ sanctitalis, excæcatrix cordium, ex remediis morbos creatas, generans ex medicina languorem. (Serm. VI. in Psal.)

vuestro Padre que está en los cielos: *Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis; alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in Caelis est.* (Math. VI. 1).

El que se conoce bien, dice la *Imitación de Jesucristo*, tiene humildes sentimientos de sí mismo, y no se alegra de las alabanzas de los hombres: *Qui bene seipsum cognoscit, sibi ipsi vilescit, nec laudibus delectatur humanis.* (Lib. I. c. II. n. 1).

No os creáis mejores que los demás, no sea que Dios, que sabe lo que hay en el hombre, os juzgue como siendo los peores de todos: *Non te reputes alius meliorem, ne forte coram Deo deterior habearis, qui scit quid est in homine.* (De Imit. Christi, lib. I. c. VII. n. 3).

Medios para evitar la vanagloria.

El que se glorifica, glorifíquese en el Señor, dice el apóstol a los corintios: *Qui gloriatur, in Domino gloriatur.* (II. X. 17).

No busquéis la vanagloria, escribe a los gálatas: *Non efficiamur inanis gloriae cupidí.* (V. 26).

En cuanto á mí, añado á los gálatas, no quiera Dios que me gloríe, si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: *Abstí mihi gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.* (VI. 44).

Haced brillar vuestra gloria, dice el Salmista, no por nosotros, Señor, sino por vuestro nombre, por vuestra misericordia y por vuestra verdad: *Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam, super misericordia tua et veritate tua.* (CXIII. 9).

Señor, dice S. Francisco de Asís, guardad vuestro don en mí, porque soy su ladrón cuando os arrebató la gloria y me la atribuyó: *Domine, custodi tuum donum in me, quia ego ejus sum latro, dum tibi ejus gloriam suffuror, eamque mihi adscribo.* (Ita S. Bonav., in ejus vita).

Sólo á Dios debemos atribuir la gloria de todas las cosas, diciendo con san Ignacio de Loyola: Todo para mayor gloria de Dios: *Ad majorem Dei gloriam.* (In ejus vita).

## VANIDAD.



VANIDAD quiere decir cosa vana, fútil, inútil y de ningún valor; cosa que se desvanece... La vanidad es una cosa vana que sólo puede agradar á las personas vanas... ¿Qué es la vanidad? es más que error y mentira.

La gracia es engañosa, y la hermosura vana, dicen los Proverbios: *Falax gratia, et vana est pulchritudo.* (XXXI. 30).

¿Cuál es la hermosura, la gracia, los adornos que dan vanidad? Respondan los Padres y los mismos filósofos... La vanidosa hermosura hace olvidar la raza, dice S. Jerónimo. (*Anton. in Melis., c. LX.*) Es el tirano de la juventud, dice Sócrates; hemos de huir de las personas que aman la vanidad, como de la mordedura de los animales venenosos (*Anton. in Meliss. c. LX.*)

La vanidad es un engaño, dice Teofrasto. (*Anton. in Meliss. c. LX.*) Es una cosa triste y desgraciada, dice Eurípides. (*In Helena*). Es, dice Jenofonte, un luego que abrasa, ya á las personas á quienes alcanza, ya á las personas que se acercan. (*Lib. de Amore*).

Las almas engañadas, dice Procles, ignorando dónde se halla la verdadera hermosura, admiran las formas físicas y se pierden. (*Lib. de Anima*).

No mireis la forma, sino el alma, dice Esopo. (*Ita Mazimus, serm. XLIV.*)

La hermosura, dice S. Gregorio Nazianceno, es juguete del tiempo y de la enfermedad: *Pulchritudo est temporis et morbi ludibrium.* (Orat. XXX.)

No hay más que un colorido que pueda agradar, el que da el pudor, dice S. Gregorio; no hay más que una blancura que deba estimarse, y es la que produce la abstinencia y la penitencia: *Unus rubor placeat, quem pudor offert; unus candor, quem parit abstinentia.* (Orat. II de Laudibus Gorgoniae).

No os envanezcáis jamás por vuestros vestidos, dice el Eclesiástico: *In vestitu ne gloriemini unquam.* (XI. 4). Los que se envanezen por ellos, dice S. Crisóstomo, se envanezen por una cosa que los gusanos engendran y devoran: *Gloriantur in re, quam vermes et gignunt et perdunt.* (Homil. ad pop.)

Si ando en la vanidad, dice Job, mi pié me precipita al punto en el error y en el engaño: *Si ambulavi in vanitate, festinavit in dolo pes meus.* (XXXI. 5).

Diga la carne lo que es la carne, dice S. Pedro Damian; manifieste viva lo que es muerta: *Quid ergo sit caro, doceat ipsa caro, quodque perhibet mortua, testetur et viva.* (Lib. VII. epist. ad Blancam).

Todo lo que da vanidad pasa como la flor de los campos, dice el apóstol Santiago: *Sicut flos fœni transibit.* (I. 10).

El primer vestido que tomó Adán despues de su falta, estaba simplemente hecho con hojas de árbol; y los vestidos que Dios le dió á él y á Eva fueron

sencillos, porque dice el Génesis: Jesucristo hizo á Adán y á su mujer túnica de pieles, y los cubrió con ellas: *Fecit Dominus Deus Adam et uxori ejus tunicas pelliceas, et induit eos.* (III. 21).

Diógenes llamaba á los ricos tan pobres de espíritu como espléndidamente vestidos, ovejas de oro, toisones de oro: *Ovem auream, vellus aureum.* (Ita Laertius, c. VI).

Demona dijo á cierta persona que se envanecía por su rico traje: ¡Ay pobre ciego! la oveja llevaba antes este traje, y no por esto dejaba de ser oveja: *Hoc ante gestabat ovís, et ovís erat.* (Ita Laertius, c. VI).

El hombre, dice el Salmista, anda errante en medio de fantasmas, y se agita en vano: *In imagine pertransit homo, sed et frustra conturbatur.* (XXXVIII. 7).

Sus días se consumen en la vanidad, y sus años en la agitación y en la rapidez: *Defecerunt in vanitate dies eorum, et anni eorum cum festinatione.* (Psal. LXXVII. 33). El hombre es como un torrente que se escapa, un sueño que se desvanece. Por la mañana se levanta como la yerba de los campos, por la mañana florece, y por la noche se seca y cae. (Psal. LXXXIX. 5. 6). El hombre es semejante á la nada; sus días pasan como una sombra: *Homo vanitati similis factus est, dies ejus sicut umbra praterunt.* (Psal. CXLIII. 4).

¡Oh! razón tiene el Rey Profeta de exclamar: Apartad, Señor, mis ojos para que no vean la vanidad: *Averte oculos meos, ne videant vanitatem.* (CXVIII. 37). Y el Eclesiástico: Vanidad de vanidades, todo es vanidad: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.* (I. 2).

Todo es sombra, sueño, carrera; la vida es un corcel, dice S. Crisóstomo: *Omnia umbra, somnia, cursus; cursus est vita.* (Homil. ad pop.)

No vayais detrás de las cosas vanas, que no pueden servirnos ni libraros, porque son vanas, dice el Espíritu Santo: *Nolite declinare post vana, que non proderunt vobis, neque eruent vos, quia vana sunt.* (I. Reg. XII. 21. Samuel ad pop.)

¿Por qué engordais y adornais vuestra carne con cosas buscadas, dice san Bernardo, puesto que dentro de pocos años los gusanos la devorarán en el sepulcro? *Cur carnem tuam pretiosis rebus impinguis et adornas, quam post paucos dies vermes devoraturi sunt in sepulcro?* (Epist.)

La vanidad es una señal de ligereza, una vergüenza, la ausencia del buen sentido, una locura.

Hijos de los hombres, exclama el Real Profeta, ¿hasta cuándo tendreis el corazón pesado? ¿Por qué buscáis las vanidades y os unís á la mentira? *Filii hominum, usquequo gravi corde? ut quid diligitis vanitatem, et queritis mendacium?* (IV. 3).

Platon dijo á uno de sus discípulos que por vanidad cuidaba demasiado su cuerpo: ¿Hasta cuándo, miserable, seguirás construyéndote una cárcel? *Quousque, miser, tibi carcerem edificare pergis?* (Dial. III).

Han perseguido la vanidad, y todo en ellos es vano, dice la Escritura: *Sequitur sunt vanitates, et vane egerunt.* (IV. Reg. XVII. 15).

¡Avergüenese, dice S. Bernardo, el que busca falsas delicadezas, viendo á Jesucristo coronado de espinas! *Pudeat sub spinato capite, membrum fieri delictum?* (Serm. V. in Festo omn. Sanct.)

Es una locura, dice Clemente de Alejandría, sabiendo que Nuestro Señor

está coronado de espinas, insultar su venerable pasión, cubriendo nuestras cabezas de flores (1).

Es no tener razón, ni sentido, ni vista, ni oído, ni religión, ni corazón, ni compasión...

Esclava de la vanidad, atada en la noria, dice Isaias, desnuda tus cabellos, descubre tu espalda, no tengas decencia: tu ignominia se manifestará, y tu opróbio se desnudará: me vengaré; ¿y quién me resistirá? dice el Señor (2).

Cuanto más una mujer quiere adornarse para parecer y agradar, dice san Ambrosio, más la desprecia Dios, y más despreciable es, efectivamente, ya á los ojos de Dios, ya á los ojos de los hombres sensatos: *Quanta femina hominibus splendor videtur, tanto magis despicitur a Deo.* (Exhortat. ad Virg.)

La vanidad es siempre la señal de una alma vil, baja y apasionada: y semejante alma es digna de un solemne desprecio...

No os cuideis de la carne en sus codicias, dice S. Pablo á los romanos. *Carnis curam ne feceritis in desideris.* (XIII. 11). Los grandes cuidados del cuerpo provocan un gran olvido, una deplorable negligencia del alma...

Hijo del hombre, dijo el Señor al profeta Ezequiel, perfora la pared, entra y mira las abominaciones horribles que aquí cometen. Y entré, y ví imágenes de toda clase de reptiles y de animales, y la abominación de todos aquellos ídolos que estaban pintados al rededor del muro (3).

Tal es el cuadro de una alma que no se ocupa más que de su cuerpo.

Cuando Magdalena era mujer pública, estaba llena de vanidad; pero cuando quedó lavada con sus lágrimas á los pies de Jesucristo, dice S. Jerónimo, no tenía ya vanos adornos. Y cuanto más descuidada era entonces en sus vestidos, tanto más bella era interiormente: *Meretrix illa in Evangelio, baptizata lacrymis suis, non habuit crispantes mitras: quanto fedior tanto pulchrior.* Un vano adorno, añade, no viene del Señor, oculta un enemigo de Cristo: *Ornatus iste, non Domini est, velamen istud Antichristi est.* (Epist. ad Furiam).

El vestido, la sonrisa y la marcha del hombre dan á conocer lo que es, dice el Eclesiástico: *Amictus corporis, et risus dentium, et ingressus hominis enuntiant de illo.* (XIX. 27).

Cuanto más colliados son los adornos exteriores, dice S. Agustín, más ruinosos para el interior; y cuanto menos buscados son, más se embellece el hombre en sus costumbres (4).

(1) A ratione alienum est, ut qui audierimus Dominum fuisse spinis coronatum ipsi venerabili Domini passioni, per ludum insultantes, habeamus capita redempta floribus. (Sb. II. Predap. c. VIII).

(2) Tolle molam; denuda turpitudinem tuam; discooperi humorum: revelabitur ignominia tua, et videbitur opprobrium tuum; nectonem capiam, et non resistet mihi homo. (XLVII. 2-3).

(3) Filii hominis, fode parietem. Et cum fodissem parietem, dixit ad me: Ingressore, et vide abominaciones pessimas, quas isti faciunt hic. Et ingressus vidi, et ecce omnis similitudo reptilium et animalium, abominatio, et universa stola depicta orati in pariete in circuitu per totum. (VIII. 8-10).

(4) Exterioris hominis ornamenta, quanto magis appetuntur, tanto sunt interioris majore detrimenta: quanto autem minus appetuntur, tanto magis moribus pulchris homo adornatur. (Serm. XVIII. de verbis Apost.)

La vanidad hace despreciables.

La vanidad indica la desnudez del alma.

No se ocuparian tanto de adornar este miserable cuerpo, si no estuviere el alma vacía de virtudes, dice S. Gregorio. (*Lib. Moral.*)

La vanidad es una grave injuria hecha á Dios.

Al ver las personas vanas, diríase que Dios, al hacer al hombre, no sabía lo que hacía, puesto que ellas querían rehacerlo.

El mal rico estaba cubierto de púrpura y de seda: *Induebatur purpura et bysso.* (Luc. XVI. 19).

Hay algunos, dice S. Gregorio, que se persuaden que el amor de la vanidad y el lujo no es un pecado. Si no fuese un verdadero mal, Jesucristo no habría tenido cuidado de expresar que aquel rico vestido de seda y de púrpura estaba atormentado en el seno de los infernos. Nadie sino por vanagloria busca los vestidos preciosos (1).

La vanidad es enemiga del pudor.

Habiendo encontrado S. Crisóstomo á una mujer que iba á la iglesia cargada de vanos adornos, la dijo: ¿Vais á la iglesia para bailar ó para daros en espectáculo? *An saltatur ad ecclesiam pergis, num ut tui spectaculum praebeas, advenisti?* (In Moral.)

Hé aquí un axioma del emperador Augusto: Un vestido distinguido y ateminado es el estandarte del orgullo y el nido de la lujuria: *Vestitus insignis ac mollis, superbie vexillum est, nidusque luxuriae.* (Teste Sueton., in ejus vita).

Los lacedemonios no permitian el uso de ricos y brillantes vestidos más que á las mujeres públicas.

Así juzgaban los paganos la vanidad en los vestidos.

La mujer se adorna por vanidad; quiere igualar la magnificencia de los altares, dice el Salmista... ¿Para qué? Para corromper los corazones y hacerse adorar. *Filix eorum composita circumornata ut similitudo templi.* (CXLIII. 12).

¿Por qué quieren adornarse? Para atraer las miradas y los corazones; para ser vistas y agrada á los hombres. Pero escuchad á S. Pablo: ¿Es de los hombres ó de Dios de quienes deseo la aprobacion? ¿trato de agrada á los hombres? Si agrada á los hombres no seria siervo de Jesucristo: *Molo enim hominibus suadeo, an Deo? an quero hominibus placere? Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem.* (Gal. I. 10).

Si os perfumais, dice S. Crisóstomo, sea con el perfume celestial de las virtudes. Cuando el demonio ha llenado una alma de vicios, la lleva á perfumar su cuerpo. (*Concion. I. de Lazaro.*)

Apartad vuestra vista de una mujer engalanada, dice el Espíritu Santo: *Averte faciem tuam á muliere compta.* (Eccli. IX. 8). La mujer profusamente ataviada es un ídolo impuro.

Los vestidos de lujo y los vanos adornos, dice S. Cipriano, no convienen más que á las prostitutas y á las mujeres impúdicas: *Ornamentorum ac vestium insignia, non nisi prostitulis et impudicis feminis congruant.* (Lib. de Habitu virg.)

(1) Et sunt nonnulli qui cultum subtilium pretiosorumque vestium non putant esse peccatum. Quod si culpa non esset, nequaquam sermo Dei tui vigilanter exprimeret, quod dives, qui torquebatur apud iustos, bysso et purpura indutus fuisset. Nemo quippe vestimenta pretiosa nisi ad inanem gloriam querit. (*Homil. in Evang.*)

Las vírgenes engalanadas, añade S. Cipriano, no merecen más que desprecio y disgusto; las que están cubiertas de seda y de púrpura, no pueden vestirse de Jesucristo; las que se adornan de oro, de piedras preciosas y collares, han perdido los adornos del corazón y del alma (1).

Jamás, dice Plauto, estaréis bien adornadas, si son malas vuestras costumbres; costumbres vergonzosas y corrompidas manchan más que el barro un hermoso vestido: *Nequaquam ornata es bene, si morata es male; pulchrum ornatum turpes mores pejus cava collinunt.* (Anton. in Meliss.)

Las personas amantes del lujo, es decir, de la vanidad, son ordinariamente pródigas, y hacen gastos excesivos, ruinosos é inútiles.

Ya S. Pablo, en sus tiempos, se quejaba de que algunas mujeres se habían extraviado por la vanidad. Ya algunos, dice, han vuelto á Satanás: *Jam enim quedam conversae sunt retro Satanam.* (I. Tim. v. 15).

Andais cargadas de oro; tened cuidado con los ladrones, dice S. Jerónimo: *Onusta incendis auro; latro tibi vitandus est.* (Epist.)

Las mujeres entregadas á la vanidad pertenecen al infierno.

Tertuliano persigue con vigor el lujo de los vestidos y la vanidad de los adornos. Oídle: Tú, ó mujer vanidosa, puerta por la que entra el demonio, eres el primer desertor de la ley divina, eres el verdugo y el asesino del hombre, y das muerte al Hijo de Dios. Con tu adorno invitas al crimen; eres una espada exterminadora. ¿Cómo has de guardar la ley de Dios, si desprecias sus amenazas y sus juicios? ¿Resucitarás con esta seda, con esta púrpura y tanto atavío? El tiempo es corto y precioso, dice el Apóstol; ¿por qué lo perdéis dándolo á la vanidad? (*Lib. de Habitu mulierum.*)

Aborrecéis, Señor, á los adoradores de las vanidades y de la nada, dice el Real Profeta: *Odisti observantes vanitates supervacuae.* (XXX. 7).

Desgraciados de vosotros que arrastrais la iniquidad con largas cadenas de vanidad, dice Isaías: *Vae qui trahitis iniquitatem in funiculis vanitatis.* (V. 18).

Hija de Babilonia, dice el Señor por Isaías, tu ignominia será descubierta, y desnudo será tu oprobio, me negaré, y nadie se me resistirá: *Filia Babylon, revelabitur ignominia tua, et videbitur opprobrium tuum: ultionem capiam, et non resistet mihi homo.* (XLVII. 1-3).

Se promete solemne y públicamente, en el santo bautismo, despreciar las vanidades del siglo. Renuncio al mundo, á Satanás, á sus pompas y á sus obras, se dice. ¿Renunciáis al mundo y á sus pompas? pregunta el ministro del Dios vivo en nombre de Dios y de la Iglesia.—Sí, renuncio. Esto es una promesa sagrada que hemos de cumplir.

Quiero, dice el gran Apóstol, que las mujeres estéis vestidas convenientemente, adornadas con pudor y modestia, y no con cabellos rizados, ó oro, ó perlas,

(1) Virgines compta turpitudinem facillatimque meruerunt; sericum et purpuram indulae, Christum indure non possunt; auro, margaritis et mollibus adornatae, ornamenta cordis et pectoris perdidierunt. (*Lib. de Habitu virg.*)

Peligros y desastres que ocasiona la vanidad.

Castigos de la vanidad.

En el santo bautismo se renuncia la vanidad.

Verdadero adorno de la mujer.



ó suntuosos trajes: *Volo similiter et mulieres in habitu ornato, cum verecundia et sobrietate ornantes se, et non in tortis crinibus, aut auro, aut margaritis, vel veste pretiosa.* (I. Tim. II. 8-9).

El verdadero adorno de los cristianos y de las cristianas, dice S. Agustín, son las buenas obras: *Verus ornatus christianorum et christianarum, mores boni sunt.* (Epist. XXXVII. ad Possidium.)

La pureza, dice S. Cipriano, no se ocupa de los adornos, ella es el adorno de sí misma; es el honor de los cuerpos, el ornamento de las costumbres, la santidad de los sexos, el lazo del pudor, el manantial de la castidad, la paz de la casa y el principio de la concordia (1).

Tome el débil sexo por espejo, para adornar su alma y sus costumbres, á la bienaventurada Virgen María, en quien, como dice S. Ambrosio, brilla la hermosura de la castidad y el esplendor de todas las virtudes: *In qua, velut in speculo, refulget species castitatis, et forma virtutis.* (Exhortat. ad Virg.)

Hemos de acordarnos, dice Clemente de Alejandría, que hemos de derramar el olor de la probidad, y no el olor de los perfumes. Respire la mujer, no aceite de olor, sino á Jesucristo, que es la unción real: *Oportet viros apud nos unguenta non olere, sed vitor probitatem. Spiret autem femina Christum, qui est regalis unctio, non unguenta.* (Lib. II de Prædag., c. VIII.)

Esther, dice la Escritura, debía ser presentada al rey Asuero, y no bécso vanos adornos: *Esther non quasivit muliebrem cultum.* (II. 15).

Esther agradó al rey, y fué elegida esposa... Mujeres cristianas, si quereis agradar al Rey de los reyes y ser sus esposas, dejad los adornos mundanos, las libreas de Salanás, y cubrios con la virtud de Jesucristo...

La mujer casta: 1.º está vestida con modestia...; 2.º tiene un porte que inclina á las demás al pudor...; 3.º su exterior no es afectado, ni trasluce el deseo de agradar; se reviste de humildad, derrama el perfume de la piedad, dice S. Bernardo; su gracia es celestial, prescribe el respeto; su presencia llena el corazón de una santa alegría, y edifica por todas partes. (Serm. in Cant.)

La verdadera hermosura es la del alma, dice S. Gregorio Nazianceno: *Pulchritudinem castissima animi ornatum.* (Anton. in Meliss., c. LX.)

La hermosura, dice S. Crisóstomo, está enteramente en las costumbres y en la modestia, y no en la forma exterior: *Non in corporis forma, sed in moribus et modestia pulchritudo sita est.* (Anton. in Meliss., c. LX.)

Dejando aparte las viles galas del mundo, dice el mismo Santo, tomad el adorno celestial de las virtudes: éste es el adorno de la Iglesia; el otro es el de los teatros: éste es el digno de los Cielos, aquél conviene á las caballerías; aquél para los muertos, éste es para el alma en que habita Jesucristo (2).

La continencia y la pureza, dice S. Cipriano, no consisten solamente en la integridad de la carne, sino tambien en la modestia del adorno. (Lib. de *Bono pudicitiae*).

(1) Pudicitia nihil ornamentorum querit, decus suum ipsa est. Pudicitia est honor corporum ornamentum morum, sanctitas sexuum, vinculum pudoris, fons castitatis, pax domus, concordie caput. (Lib. de *Bono pudicitiae*).

(2) Deposito vilis fœni onere, hoc enim est vestium sumptus, ornatum accipe celestem virtutum. Hic est Ecclesie ornatus, ille theatrorum; hic Cælis dignus, ille equis et mulis; ille et mortuorum corporibus circumdatur, hic in sola splendet anima, in qua habitat Christus. (Anton. in Meliss., c. LX.)

## VEJEZ.

**V**EJANTOS delante del que tiene los cabellos blancos, dice el Señor en el Levítico, y honrad la persona del anciano: *Coram cano capite consurge, et honora personam senis.* (XIX. 32).

Dios apareció del mismo modo á S. Juan en el Apocalipsis: Su cabeza y cabellos, dice, eran blancos como la lana blanca y como la nieve: *Caput ejus et capilli erant candidi tanquam lana alba, et tanquam nix.* (I. 14).

No despreciéis los relatos de los ancianos, dice el Eclesiástico, porque los han recibido de sus padres; y vosotros aprenderéis de ellos la inteligencia, y sabréis responder cuando sea tiempo: *Non te prætereant narrato seniorum; ipsi enim didicerunt a patribus suis; quantum ab ipsis discis intellectum, et in tempore necessitatis dare responsum.* (VIII. 11-12).

Sinecio dice que una cabeza calva por la edad es el sitio de la prudencia y un templo divino: *Prudentie domicilium, divinitatis templum.* (Lib. de Prudentia).

La vejez es una corona de honor, dicen los Proverbios: *Corona dignitatis senectus.* (XVI. 31).

Ved la necesidad de respetar á los ancianos y de atender sus sabios consejos en el triste ejemplo de Roboam... Cuanta mayor es la edad, mayor debe ser el respeto. La edad avanzada debe excusar todas las enfermedades y debilidades... ¡Desgraciados los que desprecian á los ancianos...!

La vejez es una corona de honor, dicen los Proverbios, pero para los que marchan en la via de la justicia y de la virtud: *Corona dignitatis senectus, quæ in viis justitiæ reperietur.* (XVI. 31).

Habiendo el soberano pontífice Gregorio XV visitado al cardenal Belarmino, que estaba gravemente enfermo y era octogenario, el cardenal le desoñó largos años, y hasta su misma edad; pero el Papa le contestó muy cuerdatamente: Deseo ser colmado y coronado, no con vuestros numerosos años, sino con los grandes méritos de vuestros años: *Ego opto tuis non annis, sed annorum meritis cumulari et coronari.* (Hist. Eccles.)

Dichosa la vejez que puede sobre todo aplicarse en realidad estas consoladoras palabras del gran Apóstol: He combatido en buen combate, he acabado mi carrera, he guardado la fe. Además, espero la corona de justicia que el Señor, justo juez, me tributará en este día: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddat mihi Dominus in illa die, justus judex.* (II. Tim. IV. 7-8).

La vejez, dice S. Ambrosio, debe ser el puerto, y no el naufragio, de la vida sobrenatural: *Senectus portus debet esse, non vitæ superioris naufragium.* (Epist. XI ad Valent. imperator.)

Necesidad de respetar la vejez.

La vejez tiene necesidad de respetarse á sí misma.

Cuál es la vejez verdaderamente respetable.

La vejez es venerable, dice la Escritura, no por su prolongada longitud, por la prudencia que es la vejez del hombre: la vida sin mancha es una larga vida: *Senectus venerabilis est, non diuturna, neque annorum numero computata: etas senectutis vita immaculata.* (Sap. IV. 8-9).

Vemos á varios jóvenes, dice S. Bernardo, que aventajan en sabiduría á algunos ancianos, y son muy avanzados en edad por sus costumbres puras y severas: previenen los tiempos por sus méritos, y reemplazan por sus virtudes los años que no tienen (1).

Así los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires y todos los santos viven todavía y vivirán. Han vivido en la virtud, viven en la memoria, y vivirán eternamente en el Cielo: *Virtute vixit, memoria vivit, gloria vivet.* (In Ecclesia S. Marie angelorum, sepulcro cardinalis Alciati, Romæ).

La vejez es la flor de la templanza y de la prudencia, dice Demócrito: *Senectus flos est temperantiæ et prudentiæ.* (Teste Plutarch.)

La vejez está menos en la edad que en la virtud, dicen Pitágoras y Platon. (*Anton. in Meliss.*)

El honor y la corona de la vejez es la sabiduría; su gloria es el temor de Dios, dice el Eclesiástico: *Corona senum multa peritia; et gloria illorum, timor Dei.* (XXV. 8).

La vejez sin costumbres y sin prudencia es criminal y despreciable.

El niño de cien años morirá, dice Isaías: *Puer centum annorum morietur.* (LXV. 20).

El niño, dice S. Bernardo, puede en verdad vivir largo tiempo; pero, si mancha por el pecado sus diversas edades y no se corrige, esos largos años que recibe por la misericordia de Dios, crecen en maldición. Cuanto más Dios nos espera, más tenemos que temer necesariamente la condenacion, por haber convertido en iniquidades años que se nos habian dado para la piedad y la virtud; cuanto más tiempo hemos tenido para evitar la muerte eterna, más terrible y funesta debe ser esta muerte, habiendo abusado del tiempo y habiéndolo profanado. (*Lib. XXVII. Moral., c. IV.*)

Esperaba, dice el libro de Job, que los largos dias hablasen como deben y el número de los años liciesen oír el lenguaje de la sabiduría. Pero los hombres avanzados en edad no son siempre los más cuerdos, y la justicia no es siempre la dote de los ancianos: *Sperabam quod etas prolixior loqueretur, et annorum multitudo doceret sapientiam. Non sunt longævi sapientes, nec senes intelligunt iudicium.* (XXXII. 7. 9).

La blancura de los cabellos es venerable, dice S. Crisóstomo, cuando los ancianos se conducen de una manera digna; pero cuando se conducen como jóvenes desprovistos de prudencia y de gravedad, son incomparablemente ridiculos y despreciables. ¿Cómo, ó ancianos, podreis dar lecciones á los jóvenes, si os arrojaís en la embriaguez y en la incontinencia? Y acusándoos y condenándoos, no acuso y no condeno á los ancianos, sino á los jóvenes; porque,

(1) Multos juniorum videamus super senes intelligere, et moribus antiquare dies, prevenire tempore meritis, et quod ætati decet, compensare virtutibus. (*Epist. XLIII ad Henricum Senonens.*)

aunque tuviéreis cien años, vosotros que os conducís tan mal, no sois á mis ojos más que jóvenes y semejantes á niños. (*Homil. IV. in epist. ad Heb.*)

Sois niños de cien años: *Puer centum annorum.* Sois niños, menos la inocencia; sois niños, pero niños culpables, criminales, degradados, insensatos y soberanamente despreciables...

¿Hasta cuándo, dice Filon, nosotros, ancianos, seremos todavía niños! ¡Viejos por los años, y niños en espíritu por ignorancia y estupidez! (1).

Ignorando los ancianos sus deberes, vienen á ser dos veces niños, dice Platon; lo son al venir al mundo, y lo son al partir. (*Lib. de Legibus.*)

La juventud, que tiene que atravesar todo un mar agitado y peligroso para llegar al puerto, dice S. Ambrosio, no es dichosa y tranquila; pero el anciano está en una situación de calma, cerca del puerto, y ya como en el puerto. Cuantos más años tiene el hombre virtuoso, más fuerte es; y cuanto más piadosa ha sido su vida, más cerca se halla de la perfeccion consumada. (*Lib. de Cain et Abel.*)

La vejez, dice S. Isidoro, lleva consigo muchas ventajas, porque nos libra de poderosos y crueles tiranos; pone un freno á los deleites, rompe la impetuosidad de la concupiscencia; aumenta la sabiduría, y da maduros y prudentes consejos (2).

El señor dijo á Abraham: En cuanto á ti, irás en paz hácia los padres, sepultado en una dichosa vejez: *Tu autem ibis ad patres tuos in pace, sepultus in senectute bona.* (Gen. XV. 15). Observad, dice S. Crisóstomo, que el Señor no lo dice: Morirás, sino irás; como siendo viajero y saliendo de su patria momentánea para ir á la verdadera patria. El que ha pasado su larga carrera en la virtud, llega á una vejez cargado de ricos tesoros; deja con alegría esta vida y va á recibir las recompensas eternas. (*In hæc verba Genes.*)

(1) Quousque tandem nos senes adhuc pueri erimus? Corporibus quidem, propter corporis longævitatatem, veteres animis autem propter ignorantiam et hebetudinem pueri. (*Lib. II. Meliss., c. XVII.*)

(2) Senectus multa secum bona affert, quia nos á potentissimis dominis liberat voluptatibus imponit modum, libidinis frangit impetus, auget sapientiam, dat materia consilia. (*Lib. I. Hexam., c. VII.*)

Ventajas y dicha de la vejez honrada y cristiana.

## VERDAD.

**Q**UÉ es la verdad? Es Dios... ¿Dónde está la verdad? En Dios... Fuera de Dios no hay más que error y mentira...

El Verbo, Jesucristo, está lleno de gracia y de verdad, dice S. Juan: *Plerum gratia et veritatis*. (I. 14). La ley ha sido dada á Moisés, dice el Evangelio; la gracia y la verdad han venido por Jesucristo: *Lex per Moysen data est, gratia et veritas per Jesum Christum*. (Joann. I. 17). Soy, dice Jesucristo, el camino, la verdad y la vida: *Ego sum via, et veritas, et vita*. (Joann. XIV. 6).

Nada podemos contra la verdad; pero algo podemos por la verdad, dice el gran Apóstol: *Non possumus aliquid adversus veritatem, sed pro veritate*. (II. Cor. XIII. 8). La verdad está en Jesucristo, dice S. Pablo: *Est veritas in Jesu*. (Ephes. IV. 21).

La verdad del Señor es eterna, dice el Salmista: *Veritas Domini manet in æternum*. (CXVI. 2). La ley de Dios es verdad, añade el Salmista: *Lex tua veritas*. (CXVIII. 142).

Frutos de la verdad.

La verdad os librará, dice Jesucristo: *Veritas liberabit vos*. (Joann. VIII. 32). ¿Y de qué nos librará la verdad? Del demonio, del pecado, de la esclavitud, de las uiechlas, etc... El amor de la verdad nos pone en comunicacion con el Espíritu Santo, porque es el Espíritu de verdad: *Spiritus veritatis*. (Joann. XIV. 17). He elegido la via de la verdad, y he guardado vuestros mandamientos, dice el Salmista: *Viam veritatis elegi, iudicia tua non sum oblitus*. (CXVIII. 30).

La verdad adorna el espíritu, el alma y el corazón...

Medios de tener la verdad y practicarla.

La eternidad y la verdad son de lo alto, dice S. Agustín. Por la fe se llega á la verdad, segun aquellas palabras de la Escritura: Si no creis, no comprenderéis: *Duo illa sursum sunt æternitas et veritas. Per fidem veniendum est ad veritatem; juxta hæc verba: Nisi credideritis, non intelligetis*. (Lib. de Consensu Evang., c. XXXV).

Así es que, 1.º, se necesita la fe para tener y practicar la verdad.

2.º Se necesita la oracion. Señor, decía el Salmista, ilumina mi vista para que no me duerma con el sueño de la muerte: *Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte*. (XII. 4). Enviad, Señor, vuestra luz y vuestra verdad; me guiarán, me introducirán en vuestra montaña santa y en vuestros tabernáculos: *Emitte lucem tuam, et veritatem tuam; ipsa me deduxerunt et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernacula tua*. (XLII. 3).

3.º Se necesita una entera submission á la infalible autoridad de la Iglesia...

## VERDADERAS RIQUEZAS.

**S**i quereis, carísimos hermanos míos, dice S. Gregorio, si deseais ser ricos, amad las verdaderas riquezas; si aspirais al colmo del verdadero honor, dirigios al reino celestial; y si ambicionais la gloria de las dignidades, apresuraos á inscribros en el celestial palacio de los ángeles (1).

¿Cuáles son las verdaderas riquezas?

Todos los verdaderos fieles, dice el venerable Beda, son ricos; nadie se desprece: pobres de dinero, y ricos de conciencia, dormimos más tranquilos en la desnuda tierra que el rico en medio de su oro y en su púrpura: *Omnes boni fideles sunt divites; nemo se contemnat: pauper in cella, dives in conscientia, securior dormit in terra, quam auro dives in purpura*. (In Epist. II. ad Cor.)

Es verdaderamente rico, dice S. Ambrosio, el que es rico á los ojos de Dios; pero Dios no reconoce por rico más que al que lo es por la eternidad, al que amontona los frutos, no de las riquezas transitorias, sino de las impercederas virtudes (2).

El que no puede llevar consigo lo que tiene, no es rico, añade S. Ambrosio; porque lo que dejamos en la tierra no nos pertenece, es para nosotros una cosa ajena: *Nemo est dives, qui, quod habet, secum auferre non potest; quod enim hic relinquitur, non nostrum, sed alienum est*. (Ue supra).

Debemos, dice S. Próspero, desear las riquezas que puedan adornarnos y al propio tiempo armaros, fortificarnos; las riquezas que no podemos adquirir ni perder á pesar nuestro; las riquezas que nos arman contra nuestros enemigos y sus ataques; las riquezas que nos separan del mundo, nos recomiendan á Dios, enriquecen nuestras almas y las ennoblecen. Semejantes riquezas están con nosotros; no son exteriores y ajenas. (Lib. II. de Vita contemplativa c. XIII).

Las riquezas son buenas para aquel cuyo corazón es puro, dice el Eclesiástico: *Bona est substantia, cui non est peccatum in conscientia* (XIII. 30); porque el que está exento de pecado distribuye sus riquezas en el seno de los pobres.

Las verdaderas riquezas son las que llenan el espíritu y el corazón. La más horrible pobreza reina en una mala conciencia, en una conciencia corrompida por la avaricia, el orgullo, la impureza, la ira, el ódio, etc.

Si quereis ser ricos, dice tambien Epicteto á Pitocles, no os aficionéis al dinero; dedicaos á destruir las codicias. (Epist.)

(1) Vere dives qui conspectu Dei potest dives videri; sed solum illum Deus divitem novit, qui sit dives eternitatis, qui non opum, sed virtutum fructus recondat. (Lib. V. epist. XXV).

(2) Si ergo, fratres charissimi, voce este divites cupitis, veras divitias amate: si culmen veri honoris queritis, ad celeste regnum tendite; si gloriam dignitatum diligitis, in illa superna angelorum curia scribiti festinate. (Homi. XV. in Evang.)

Consultado Cleanto sobre los medios que han de tomarse para enriquecerse, respondió: Huir de la codicia, y sustraerse á su influjo: *Si cupiditatum fuerit inops*, (Ira Stobæus, serm. XCII).

Interrogado Epicteto sobre cuál era el hombre más rico, respondió lo siguiente: El que se contenta con lo que tiene: *Cui satis est quod habet*. (Ira Stobæus, serm. XXXI). Y á la misma pregunta contesta Sócrates: *Qui paucis simis contentus est*. (Anton. in Meliss., serm. XXXVII).

Como Dios posee todas las riquezas, dice S. Cipriano, como todo le pertenece; nada falta á aquel que tiene á Dios, si él no falta á Dios: *Cum Dei sint omnia, habenti Deum nihil deerit, si Deo ipse non desit*. (Serm.)

Las verdaderas riquezas, dice S. Bernardo, no son las riquezas de la tierra, sino las virtudes que la conciencia lleva consigo, á fin de ser ricos para siempre: *Veræ divitiæ, non opes sunt, sed virtutes, quas secum conscientia portat, ut in perpetuum dives fiat*. (Serm. IV de Advent.)

Las verdaderas riquezas son las que nos hacen ricos de virtudes, dice san Gregorio: *Sole divitiæ sunt que nos divites virtutibus faciunt*. (Homil. XV in Evang.)

Las verdaderas riquezas, dice Clemente de Alejandría, son el gran número de acciones virtuosas: *Veræ divitiæ est abundantia in iis quæ sunt ex virtute actionibus*. (Lib. VI Strom.)

Las verdaderas riquezas son las que no podemos perder cuando las tenemos, dice S. Agustín: *Ille veræ divitiæ sunt, quas, cum habemus, perdere non possumus*. (De Civit.)

Medios de adquirir las verdaderas riquezas.

Hay para el verdadero fiel todo un mundo de riquezas infinitamente preciosas y apetecibles. Porque, 1.º El universo ha sido creado por Dios para uso de los fieles, y no de los infieles... 2.º El fiel se sirve de todo lo que hay en el mundo, no para abusar, sino por necesidad, según la voluntad de Dios y para su servicio... 3.º El fiel lo posee todo, porque todo lo desprecia por Jesucristo; está más alto que el mundo; y teniendo su espíritu hijo en el Cielo, pisotea todo lo que es de la tierra... 4.º El fiel en todas las cosas creadas reconoce, ama, alaba y glorifica al Criador, por el cual existen y á cuyo honor han sido sacadas de la nada. Y este conocimiento, este amor, estas alabanzas y este culto son las verdaderas riquezas del mundo... 5.º El fiel se sirve de un modo regular y santo de todo en el mundo para gloria de Dios y para su salvación. ¡Oh! ¡qué rico es aquel que obra así, y cuán pobre el que obra de otra manera!... 6.º El fiel posee á Dios; y poseyendo á Dios, posee todo lo que es de Dios, posee todo lo que el mundo contiene... 7.º Dios prepara al fiel la bienaventuranza y la gloria.

## VICTORIA.

Si no triunfamos de las malas inclinaciones, dice S. Bernardo, éstas triunfarán de nosotros; y si no las oprimimos, nos oprimirán: *Nisi enim calcati fuerint (motus mali), conculcabunt nos; nisi premantur, opprimunt nos*. (Serm. IV de Ascens.)

El que haya vencido, dice Jesucristo en el Apocalipsis, será vestido de blanco, y no borrará su nombre del libro de vida, y confesará su nombre delante de mi Padre y de sus ángeles: *Qui vicerit, vestietur vestimentis albis, et non debebo nomen ejus de libro vite, et confitebor nomen ejus coram Patre meo, et coram angelis ejus*. (III. 5).

Ved que vengo pronto; guardad lo que teneis, para que ningún otro reciba vuestra corona: *Ecco venio cito; tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam*. (Apoc. III. 11).

Del que haya vencido haré una columna en el templo de mi Dios, y no saldrá de allí; escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalem que de mi Dios haja del Cielo, y mi nombre nuevo (1).

Al que haya vencido le daré asiento conmigo en mi trono; como he vencido también, y me he sentado con mi Padre en su trono: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo; sicut et ego vici, et sedi cum Patre meo in throno ejus*. (Apoc. III. 21).

Al vencedor le haré comer del árbol de vida que está en el paraíso de mi Dios: *Vincenti dabo edere de ligno vite, quod est in paradiso Dei mei*. (Apoc. II. 7).

El que venza, no será alcanzado por la segunda muerte: *Qui vicerit, non lædetur à morte secunda*. (Apoc. II. 11).

Todo lo poseeréis con buen derecho, cuando seáis dueños de vosotros mismos, dice Claudio: *Tunc omnia jure tenebis, cum poteris rex esse tui*. (Ira Maxim.)

Un rey sentado en el trono del juicio disipa la iniquidad con su mirada, dicen los Proverbios: *Rex qui sedet in solio judicii, dissipat omne malum intuitu suo*. (XX. 8). Este rey, sentado en el trono del juicio, es el alma, la razón que, ocupando en el hombre el lugar que le conviene, ahuyenta y disipa los errores y los vicios, que nacen de los sentidos, y sobre todo de la concupiscencia y de la ira...

El alma es dueña y libre de sus inclinaciones, dice Platón; vencerse á sí misma es la primera de todas las victorias y la más perfecta. No hay nada tan

¡Cuál es la mayor victoria?

(1) Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei, et nomen civitatis Dei mei nova Jerusalem, que descendit de Cælo a Deo meo, et nomen meum novum. (Apoc. III. 12).

vergonzoso, degradante ni funesto, como dejarnos vencer por nosotros mismos (1).

Alejandro Magno decía que es más digno de reyes vencerse á sí mismo que vencer al enemigo. (*Ex Plutarch. in Alexandro.*)

Hay más trabajo en vencerse á sí mismo, que en vencer al enemigo, dice Valerio Máximo: *Seipsum quam hostem superare, multo operosius est.* (Lib. IV. c. 1).

Se lee en la tumba de Esequion el Africano, el bello epitafio que sigue: *Maxima cunctarum victoria, victa voluptas:* La mayor de las victorias es vencer el deleite. El hombre paciente, dicen los Proverbios, vale más que el gran capitán; y el que domina su corazón, vale más que el que toma ciudades: *Melior est patiens viro forti; et qui dominatur animo suo, expugnatore urbium.* (XVI. 32).

Oigamos al poeta: El que gana la victoria sobre sí mismo es más poderoso que el vencedor de las ciudades: el valor llega en él á los últimos límites. Cosa árdua es vencer á los demás, y gran victoria es calmar dentro de nosotros el oleaje de las pasiones:

*Fortior est qui se, quam qui fortissima vincit  
Oppida; nec virtus altius ire potest.  
Ardua res, vicisse alios; victoria major  
Est animi fluctus composuisse sui.*

Vencerse á sí mismo, dice Ciceron, encadenar la ira es propio del hombre más fuerte. No sólo comparo al que hace estas cosas con los más grandes hombres, sino que le juzgo semejante á Dios. Porque el que derriba un león no es más fuerte que el que vence en sí mismo la violencia de la ira, que es una bestia leroz; y el que abate las más terribles aves de presa no es más fuerte que el que reprime las ávidas codicias; y el que humilla á la guerrera amazona, no es más fuerte que el que triunfa de la lujuria, pasión destructora de la reputación y del pudor. Porque todas las pasiones son tanto más perniciosas, cuanto son inherentes al hombre y habitan con él. Esto prueba que sólo debemos juzgar fuerte y heroico al que es templado, moderado y justo.

El que es victorioso de sus pasiones, dice Aristóteles, es más poderoso que el que triunfa de sus enemigos; porque lo difícil es triunfar de nosotros mismos. El que triunfa de los enemigos da prueba de fuerza; pero el que se hace superior á los deleites, tiene más valor y heroísmo; pues muchos de los que han vencido á los enemigos han sido vencidos por las mujeres (2).

Jesucristo ofrece á los vencedores gracias abundantes y preciosas y más allá de esta vida la corona de la gloria celestial. Para excitarnos á merecerla con la

Motivos que deben hacernos desear la victoria.

(1) Libera est anima, et domina passionum: vincere seipsum, omnia victoriarum prima est, et optima; vincit autem a seipso, est turpissimum et pessimum. (*De Legeibus.*)

(2) Fortior est ille qui cupiditates, quam qui hostes vincit, nam seipsum vincere, difficilissimum est. Fortis ergo est qui superat hostes, sed fortior qui voluptatibus superior est; multi enim qui hostes vicerunt, a mulieribus victi sunt. (*Apud Anton. in Metiss. p. 1. c. XII.*)

victoria, da varios títulos y diversos magníficos y sublimes nombres á esta corona: ya la llama árbol de vida, ya maná oculto, ora piedra de admirable blancura, ora un nombre nuevo; á veces la llama vestido blanco ó estrella de la mañana, á veces columna ó trono de Dios.

Acercaos á Dios, y él se acercará á vosotros, dice el apóstol Santiago: *Appropinquate Deo, et appropinquabit vobis* (IV. 8).

Medios para ganar la victoria.

¿Por qué camino podemos acercarnos á Dios? Ved, hermanos míos, un gran prodigio, dice S. Agustín: Dios es infinitamente elevado; y si queréis elevaros, se aleja de vosotros; y si os bajáis, descendiendo hasta vosotros: *Videte, fratres, magnum miraculum, altus est Deus; erigis te, et fugit a te: humilias te, et descendit ad te.* (Serm. II. de Ascens.)

El mundo, dice el mismo Santo, tiene dos ejércitos contra los soldados de Jesucristo: adula para seducir, y astuta para desesperar. No nos entorpezca nuestra propia voluntad, no nos asuste la crueldad extraña; y el mundo será vencido (1).

Ved que el león de la tribu de Judá ha vencido dice el Apocalipsis: *Ece vicit leo de tribu Juda* (v. 5). El león es Jesucristo; vamos á ese león victorioso, y seremos también victoriosos... Por esto añade el Apocalipsis: Han vencido por la sangre del Cordero: *Vicerunt propter sanguinem Agni.* (XII. 11).

Perseguiré á mis enemigos, los alcanzaré, dice el Real Profeta, y no veré sino después de haberlos derrotado: *Persecuatur inimicos meos, et comprehendam illos; et non convertar donec deficiant.* (XVIII. 38). Los quebrantaré, y no podrán sustraerse; caerán debajo de mis pies: *Confringam illos; nec poterunt stare; cadent subter pedes meos.* (Ibid. XVII. 39).

El Señor es el que me ha elevado sobre mis perseguidores, y me ha sustraído al poder del malvado: *Ab insurgentibus in me exaltabis me; a viro iniquo eripies me.* (Psal. XVII. 49).

El Señor es mi luz y mi salvación: ¿qué podré temer? *Dominus illuminatio mea, et salus mea: quem timebo?* (Psal. XXVI. 1).

El Señor es el protector de mi vida; ¿quién me hará temblar? *Dominus protector vitæ meæ: a quo trepidabo?* (Psal. XXVI. 1).

Perversos se acercaban á mí para devorarme; mis enemigos, mis perseguidores vacilaron, y cayeron: *Dum appropiavit super me nocentes, ut edant carnes meas; qui tribulant me, inimici mei, ipsi infirmati sunt, et ceciderunt.* (Psal. XXVI. 2). Aun cuando ejércitos acampasen al rededor mio, mi corazón no temería; aun cuando se diese la señal del combate, me estremeceería de esperanza: *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum: si exurgat adversum me prelium, in hoc ego sperabo.* (Psal. XXVI. 3). El Señor me ha protegido en el día de la desgracia: *In die malorum protexit me.* (Psal. XXVI. 5). Me ha establecido sobre una roca, y ha elevado mi cabeza sobre la de mis enemigos: *In petra exaltavit me; et nunc exaltavit caput meum super inimicos meos.* (Psal. XXVI. 6).

(1) Duplicem mundus aciem producit contra milites Christi; blanditur ut decipiat, terret ut frangat. Non nos tenent voluntas propria; non nos terret crudelitas aliena; et victus est mundus. (*Senten. XXI.*)

Soldados de Jesucristo, exclama el mismo profeta, marchad á la victoria, subid sobre el carro de la verdad, de la clemencia y de la justicia, y os señalareis con maravillas. Aplicaos, marchad con energía y reinad. (XLIV. 4-5). He esperado en Dios; seré vencedor de la carne: *In Deo speravi; non timebo quid faciat mihi caro.* (Psal. LV. 4). Con Dios seremos fuertes, y lo manifestaremos: *Fortitudinem meam ad te custodiam.* (Psal. LVIII. 10). En vano han buscado mis enemigos mi ruina: *Ipsi vero in vanum quaesierunt animam meam.* (Psal. LXII. 10).

El Dios de Israel da á su pueblo la fuerza y el valor: *Deus Israel ipse dabit virtutem et fortitudinem plebi suae.* (Psal. LXVII. 36). A vos la gloria de su valor, Señor, y á vos debemos la exaltacion de nuestro poder: *Gloria virtutis eorum tu es, et in beneplacito tuo exaltabitur cornu nostrum.* (Psal. LXXXVIII. 18). El Señor es el que me libra de los lazos del cazador y de las palabras envenenadas: *Ipse liberavit me de laqueo venantium, et a verbo aspero.* (Psal. XC. 3).

El Señor es cubrirá con su sombra, y vuestra esperanza crecerá bajo sus alas. Su verdad será vuestra armadura y vuestro escudo. No temeréis ni las alarmas de la noche, ni la flecha que vuela en medio del día, ni el contagio que se resbala en medio de las tinieblas, ni los ataques del demonio del medio día. (Psal. XC. 4-6).

El Señor está conmigo; no temeré; ¿qué puede el hombre contra mí? El Señor está conmigo; desprecio á mis enemigos: *Dominus mihi adjutor; non timebo quid faciat mihi homo: Dominus mihi adjutor, et ego despiciam inimicos meos.* (Psal. CXVII. 6-8). El Señor es mi fuerza y mi gloria, y se ha hecho mi salvador: *Fortitudo mea et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem.* (Psal. CXVII. 14).

Señor, perderéis á todos los que turben mi alma, porque soy vuestro siervo: *Perdes omnes qui tribulant animam meam, quoniam ego servus tuus sum.* (Psal. CXLII. 12).

Os quejáis de la guerra que os hacen vuestros enemigos. Pero dice S. Crisóstomo: ¿Por qué, soldados cristianos, sois tan delicados? Creéis poder vencer sin combate? Preparad vuestras fuerzas, combatid valientemente, herid con energía. Considerad la alianza que habeis hecho con Dios, la condicion de esta alianza; reconoced la obligacion en que os hallais de servir y de combatir. (Serm. de Martyr.)

## VIDA RELIGIOSA INTERNA.

San Jerónimo traza los deberes de un verdadero religioso. Es preciso, dice, en el monasterio el silencio, la mansedumbre, no hacer lo que se quiere, comer lo que se sirve, llevar los vestidos que se den, y cumplir las funciones que correspondan. Habeis de someteros, cueste lo que cueste; á pesar de vuestro cansancio, id á donde se os llama; á pesar del sueño que os agobia, sin haber sufcientemente dormido, es menester que os levanteis. Habeis de decir vuestro oficio segun la órden, y buscar, no la dulzura de la voz, sino el afecto del corazon: servir á vuestros hermanos, recibir una afrenta sin decir palabra, temer á los superiores como á dueños, amarlos como á padres, convencerse de que cuanto mandan es saludable, no juzgarlos, y saber que la obediencia es obligatoria en todo lo que se manda. Conozcan las personas de otro sexo vuestro nombre, y jamás vuestro rostro. (Epist. ad Rusticum).

Preparad vuestros corazones para el Señor, y servidle á él, dice el Espíritu Santo por medio de Daniel: *Preparate corda vestra Domino, et servite ei soli.* (I. Reg. VII. 3).

Es propio de hombres perfectos, dice Teodoro, dar el corazon entero á Dios y consagrarle toda el alma. Porque el que divide sus pensamientos entre Dios y las cosas de la tierra, entre la vida presente y la futura, no puede decir en realidad con el Salmista: Os alabaré, Señor, en toda la extension de mi corazon. (In Psal.)

El que ha renunciado al siglo, dice S. Cipriano, es más grande que todos los honores del mundo y sus reinos. Por esta razon el que se consagra á Dios y á Jesucristo, nada desea de las cosas de la tierra. (Serm. in Orat. dom.)

San Jerónimo dice de S. Antonio y de S. Hilario que no amaban más que el silencio y la vida desconocida. (Epist.)

Escuchad á S. Eucher: Ved, hermanos míos, vuestra vocacion: venir á la soledad es la perfeccion suma; pero no vivir de perfeccion en el desierto es la mayor condenacion: *Venire ad eremum, summa perfectio est; non perfecte vivere in eremo, summa damnatio est.*

¿Qué es un religioso? pregunta S. Gregorio. Es el que vive segun la regla y segun Dios. *Quid est monachus? Est qui vivit et legi ut Deo.* (Orat. de Fac.)

¿Qué carencia de sabiduría! dice S. Bernardo, y aún más, ¡qué locura la de un religioso que abandona cosas mayores, y se aficiona caprichosamente á cosas insignificantes! *Quid insipientie, imo, quid insanie est, ut qui majora reliquimus, minora cum tanto discrimine teneamus!* (Epist. ad Monach.)

Jerusalen, alma consagrada á Dios, levántate, y tonto sobre todas las cosas de la tierra, dice el profeta Baruch: *Exurge, Jerusalem, et sta in excelso.* (v. 5).

La piedra clamará contra tí desde el centro de la muralla; la madera de Tom. iv.—31.